

FIGURACIONES OPRESIVAS, CONTRAFIGURACIONES EMANCIPADORAS

MOIRA PÉREZ*

Universidad de Buenos Aires

Resumen

El trabajo propone un análisis de las figuraciones y representaciones del discurso en relación con el agenciamiento o empoderamiento de aquellos individuos y comunidades a los que se refieren. En particular, se pensará qué elementos de dichas representaciones pueden resultar negativos en términos de agencia, cuando aluden a grupos o individuos en situaciones de subalternidad. Luego de lidiar con el problema de la irrepresentabilidad y exponer la importancia de salvaguardar la producción de representaciones alternativas, se analizarán algunos puntos problemáticos en los que pueden caer los discursos, tomando como desencadenantes ejemplos tales como una serie de artículos periodísticos relacionados con la Ley de Identidad de Género en debate en la Argentina en los años 2010-2011. En la segunda parte del trabajo, se presentarán alternativas a dichos problemas, aportando a la construcción de representaciones que contribuyan al empoderamiento de las comunidades e individuos a los que se refieren.

PALABRAS CLAVE: figuraciones, discurso, agencia, empoderamiento, género.

Abstract

The paper studies figurations and representations of discourse, in terms of the agency or empowerment of those persons and communities to which they refer. In particular, it discusses which elements of such representations could be detrimental for the agency of groups or individuals in situations of

* Licenciada en Filosofía. Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Áreas de investigación: Filosofía de la historia, Filosofía de género y Teoría *queer*.

subalternity. Firstly, the author tackles the problems of unrepresentability and stresses the importance of producing new, alternative representations. It then analyzes some problematic issues that can affect representations of subalternity, using examples such as mainstream newspaper articles regarding the Gender Identity law discussed in Argentina in 2010-2011. The second part of the paper suggests some alternative answers to these issues, working towards representations that can contribute to the empowerment of the communities and individuals to which they refer.

KEY WORDS: figurations, discourse, agency, empowerment, gender.

“¿Y si el ‘objeto’ se pusiera a hablar?”

Luce Irigaray, *Speculum*¹

“¿Qué significaría ‘citar’ la ley para producirla de un modo diferente?”

Judith Butler, *Cuerpos que Importan*²

I. Introducción

En el año 2010, y luego de un intenso debate que acaparó gran parte de la esfera pública local, las dos cámaras del Poder Legislativo Nacional Argentino aprobaron una reforma al Código Civil que amplía el matrimonio a personas del mismo sexo. Posteriormente a esta disposición, diversos reclamos de la comunidad LGBTI han instalado en la agenda la llamada “Ley de Identidad de Género”: una serie de proyectos de ley que apuntan a allanar el camino para las personas trans en relación con su cambio de documentación, intervenciones médicas y descriminalización de sus identidades. De llegar a buen puerto estos proyectos, se trataría –al igual que la ampliación del matrimonio– de transformaciones políticas y sociales de profunda relevancia, tanto para el interior de la comunidad LGBTI como para otros reclamos vigentes en el país que chocan contra la misma oposición conservadora (en primer lugar aquel por el aborto), y para nuestra sociedad en toda su extensión. Sin embargo, no es fácil encontrar referencias en los principales medios locales al avance de estos proyectos, ni a la difícil realidad que cotidianamente deben

¹ Cfr. Irigaray (1974 : 151).

² Cfr. Butler (2002: 38).

enfrentar las personas trans: una simple búsqueda en los principales diarios del país arroja la modesta cifra de seis artículos, dos de ellos (*Clarín* y *La Nación*) entre julio de 2010 y enero de 2011, y el doble en *Página/12*, publicación con fuerte presencia en el ámbito LGBTI.³ ¿De dónde proviene este silencio? ¿Qué incidencia política y social tiene la invisibilización de una comunidad en el discurso mediático y el cotidiano? Antes de indagar en estos interrogantes, tal vez valga la pena añadir uno más: ¿cuando aparecen?, ¿cómo aparecen? Una rápida inspección en los medios citados no es demasiado alentadora: titulares tales como “Un travesti recibió su DNI con nombre de mujer”,⁴ “Cuando el cerebro tiene un sexo diferente al del propio cuerpo”⁵ y el muy criticado “Piden los gays poder cambiar sus nombres”⁶ (en alusión al reclamo con el que se convocó a la Marcha del Orgullo llevada a cabo en noviembre del 2010) plantean la necesidad de una reflexión no solo acerca de la invisibilidad de determinados grupos, sino también del tipo de discurso que los rodean.

La falta de visibilidad de las personas trans, su ausencia en la circulación discursiva y la enorme cuota de ignorancia que rodea a sus escasas apariciones, sugieren su existencia como un *algo-otro* que ha sido invisibilizado, opacado tras el *uno* omniabarcador, normativa y políticamente privilegiado. Un comentario a uno de los titulares mencionados sintetiza perfectamente el punto en cuestión:

Si asumimos como derecho la diversidad de conductas vamos a tener una sociedad muy compleja... difícil de sostener económicamente y también difícil de gestionar como sociedad civilizada. Fricciones y violencia se transforman en moneda común.⁷

Aquí puede verse con claridad cómo quien tiene el rol privilegiado de *uno* (tanto política como discursivamente) se coloca en un lugar de *sujeto* que relata, explica o critica lo que sucede en el lugar del *otro* (*objeto* de su

³ Búsqueda realizada en los sitios de los periódicos de tirada nacional *La Nación*, *Clarín* y *Página/12*, sobre artículos que hagan referencia a la Ley de Identidad de Género aparecidos desde el 15 de julio de 2010 (día de aprobación del llamado “matrimonio igualitario”) hasta el día 31 de enero de 2011.

⁴ Cfr. *La Nación*, 2 de diciembre de 2010

⁵ Cfr. *La Nación*, 30 de enero de 2011

⁶ Cfr. *La Nación*, 7 de noviembre de 2010

⁷ Comentario de un lector a la nota “Cuando el cerebro tiene un sexo diferente al del propio cuerpo” (*La Nación*, 30 de enero de 2011).

discurso), siempre desde las propias categorías.⁸ Aquel *uno* que ha elaborado la representación puede atribuir diversos niveles de presencia o complejidad en el tratamiento de individuos y grupos, alegando motivos de practicidad, eficacia o comodidad (política, social y discursiva): ¿para qué detenernos en el detalle de esta infinidad de diferencias? Si ya tenemos suficientes problemas con las complejidades de nuestra sociedad actual: ¿acaso no hay temas más importantes de los que ocuparse?

La Ley de Identidad de Género es solo un ejemplo entre innumerables casos de discursos que perjudican (o directamente niegan) la presencia y la agencia de individuos y comunidades no asimilados a la normatividad vigente. Durante el año 2010, hemos presenciado procesos similares en la Argentina en el caso del mencionado “Matrimonio Igualitario”, y en el tratamiento mediático de diversos conflictos sociales.⁹ Sin embargo, es importante comprender que dichas prácticas exceden con creces a los medios masivos de comunicación: cotidianamente reproducimos estos mismos esquemas, invisibilizaciones y preconceptos, en un sinnúmero de situaciones y respecto de una infinidad de objetos. La mayoría de las veces se trata de una reacción no percibida ni explicitada, y por lo general no tenemos presente el alcance o las consecuencias de estas prácticas de exclusión, normativización y condicionamiento. Será solo mediante un trabajo crítico y de revisión genealógica que lograremos, quizás, seguir el rastro de tales mecanismos.¹⁰

En el presente trabajo, nos referiremos a estas y otras operaciones, ensayando un análisis en dos momentos. Comenzaremos con algunas aclaraciones introductorias acerca de la irrepresentabilidad como alternativa, y el

⁸ Es importante aclarar que no es nuestra intención plantear como alternativa a estas tendencias una postura ingenua según la cual sería posible elaborar un discurso *desde* el lugar del *otro*, sino proponer un uso crítico de cada una de estas posiciones, elaborando discursos autocríticos y conscientes de su propia pertenencia. Las explicaciones a distancia, desde afuera, llevan a confusiones tales como “Piden los gays poder cambiar sus nombres”, reporte del reclamo por una ley de identidad de género que solo podría hacer alguien que no esté en absoluto familiarizado (ni interesado en familiarizarse) con los términos del debate.

⁹ Son casos paradigmáticos el de la represión a la comunidad qom en Formosa (noviembre de 2010) y la ocupación del Parque Indoamericano en la ciudad de Buenos Aires (diciembre de 2010).

¹⁰ A la vez, es forzoso reconocer que se trata de una tarea sin fin, puesto que todo “uno” necesita un “otro”, y todo “centro” necesita una “periferia”. No parece ser posible un mundo sin periferias; la tarea que resta por delante, y que intentaremos comenzar a transitar aquí, es la de pensarlas en otros términos. Imaginaremos así un uno que se constituye recortándose de otro –ya que no puede constituirse de otro modo– a la vez que conserva la fluidez de cada una de las partes, y de la relación entre ellas.

rol de las figuraciones en relación con la agencia de individuos y comunidades.¹¹ Habiendo reconocido su importancia, dedicaremos un primer momento del análisis a los riesgos que conllevan las representaciones, es decir, qué consecuencias negativas pueden llegar a tener sobre las personas o colectivos a los que involucran (o, en rigor de verdad, des-involucran). El análisis nos dejará ante la necesidad urgente de buscar alternativas a este tipo de figuraciones; a menos que optemos, en última instancia, por la irrepresentabilidad, punto que trataremos enseguida. En la segunda parte del trabajo defenderemos la postura de que *es posible* la elaboración de representaciones que no caigan en estas trampas, e indagaremos en los recursos disponibles para construirlas.

Para focalizar un análisis que podría ser aplicado a un amplio espectro de esferas de representatividad, restringiremos nuestros ejemplos a unos pocos ámbitos específicos. En ellos, las representaciones discursivas tienden a hacer uso de mecanismos del tipo citado en aquellos titulares, mecanismos para clasificar, referirse a y operar sobre el objeto del discurso (siendo esta posición de *objeto*, como veremos, el primero de nuestros problemas). La preferencia por privilegiar unos pocos ejemplos para su uso a lo largo del trabajo, se debe a motivos meramente expositivos; deberá quedar claro que no defenderemos una aplicación a compartimientos estancos, dado que privilegiamos un análisis en términos de redes de identidades, con particular énfasis en aquellas que se ubican en el revés de la trama mayoritaria-normativa. Además del ejemplo ya citado de las luchas de la comunidad LGBTI por el reconocimiento de sus derechos, ocupará un lugar preponderante la representación de los *cuerpos*, y en el sistema de valores en el que se insertan, tanto para distinguir unos (feos) de otros (dignos), como para distinguirlos a todos ellos de su hermana mayor, la razón. Sobre los cuerpos se efectuará y sentirá ante todo la exclusión, sobre ellos y gracias a ellos (utilizándolos como excusa) se dibujan las representaciones que excluyen. Pero es también sobre la base de ellos que se realiza una jerarquización del globo, asignando a cier-

¹¹ La noción de “figuración”, así como aquella de “contrafiguración” presente también en nuestro título, es tomada del trabajo de Diana Meyers: la autora propone, como veremos más adelante, la elaboración de contrafiguraciones como estrategia para desalojar las figuraciones estigmatizantes. De acuerdo con Meyers, las figuraciones están arraigadas en la cosmovisión de una cultura, e incluyen desde personajes emblemáticos en historias y mitos hasta representaciones pictóricas, pasando por textos académicos y análisis políticos. Ellas dan forma a la percepción moral, transmitiendo prejuicios y otros contenidos que no pueden ser completamente atribuidos a aquello que es usualmente considerado como la esfera de la “racionalidad” (Meyers 1994: 11-12).

tas comunidades al ámbito corporal, a otras al mental-racional, y delimitando cuáles tienen cuerpos que importan y cuáles no. Como afirma Iris Young: los grupos oprimidos funcionan como “chivos expiatorios, representativos del cuerpo expulsado, en contraposición al sujeto puro y abstracto”.¹² Esta jerarquización, fuertemente ligada con el repudio a la corporalidad, da lugar al llamado “sur global”,¹³ que será otro de los ejemplos recurrentes dentro de nuestro trabajo. La idea de esta “periferia” no es, huelga aclarar, una noción geográfica: es, más bien, un estado en el que convergen personas de diversos orígenes, etnias, géneros y situaciones económicas. Es, en resumidas cuentas, la situación de vida de quienes han sido menos beneficiados en términos de infraestructura, oportunidades, agencia, participación ciudadana y representaciones.

II. Las figuraciones en el banquillo

Es indudable que a la hora de elaborar representaciones de un determinado colectivo, con fines ya sea teórico-académicos o práctico-políticos (en la medida en que sea posible hacer esta distinción), es necesario delimitar el campo de trabajo, las características que se incluirán, los sujetos que formarán parte de él y los que no: toda clasificación, al igual que toda identidad, tiene en su raíz un sinnúmero de exclusiones. Esto es tan cierto de la constitución individual, como de la colectiva: tal como señala Judith Butler, “el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es ‘interior’ al sujeto como su propio repudio fundacional”.¹⁴

Este ha sido uno de los focos principales de los ataques a las llamadas “políticas de la identidad”: esto es, los movimientos que fundamentan su re-

¹² Cfr. Young (1990: 138 y 142), donde también afirma: “En este esquema, las personas de color aparecen como *naturalmente corporizadas*”, además de “amorales, expresivas, indisciplinadas, sucias, faltas de autocontrol”. Las mujeres, en particular, deben ante todo enmascarar u ocultar los hechos crudos de la corporalidad para ser aceptadas dentro de la norma (para ser “bonitas”) (Young 2005: 5). También pueden encontrarse referencias a este punto en Curiel, 2003.

¹³ También denominado “periferia”, “tercer mundo”, “sur” en contraposición al “norte”, “mundo de los dos tercios” en oposición al “mundo de un tercio”, etcétera. Respecto de estas y otras clasificaciones para aludir a la diferencia entre los mundos hegemónico y subalterno, ver Mohanty 2003.

¹⁴ Cfr. Butler (2002: 20).

clamo político en la identidad (étnico, de género, de orientación sexual) de un determinado colectivo. En palabras de Susan Hekman:

El tópico más habitual en las críticas a las políticas de identidad, es el alegar que inevitablemente implican la fijación de la identidad y, por lo tanto, incurrir en todos los peligros que conlleva el sujeto esencialista moderno.¹⁵

Para defender un determinado reclamo político, parecería necesario – de acuerdo con las posturas identitarias– plasmarse en una caracterización (léase quizás: esencialización) de sí y, paralelamente, una exclusión de lo otro de sí. Es por este motivo que no pocos intelectuales han propuesto el abandono total de las categorías colectivas o del recurso a identidades, tanto en la academia como en la política. De acuerdo con estas posturas, la única manera en la que realmente podría garantizarse la diversidad y el agenciamiento de quienes hasta ahora han permanecido en los márgenes, sería la de quitarles cualquier rótulo, en primer lugar debido a que todos éstos son heredados de un orden que es hostil hacia quienes se clasifica.¹⁶ La propia Hekman propone esta renuncia radical, ofreciendo como alternativa a las políticas de la identidad “la eliminación total de la identidad de la esfera política”, en pos de “una política no-identitaria que defina a la política en términos de acción política pragmática, y del cumplimiento de objetivos políticos concretos”.¹⁷

No obstante esto, en nuestro trabajo no cuestionaremos el uso mismo de la identidad como estrategia, ni defenderemos un abandono total de las clasificaciones identitarias colectivas. Esto se debe no tanto a un desacuerdo con las críticas repuestas más arriba, sino a los riesgos que, creemos, conlleva dicha renuncia. Tal como nos recuerda Ochy Curiel, más allá de las dificultades en la representación de identidades, es necesario tener en cuenta que estas se presentan para determinadas personas y grupos como una urgencia: “en un mundo como el nuestro donde los sectores de poder dominantes mantienen sus certezas de quiénes son, es necesario mostrar ciertas certezas a la hora de definirnos”.¹⁸ Quienes defienden el derrocamiento de las tradicionales figuraciones colectivas, no comprenden que el vacío que dejen en su lugar

¹⁵ Cfr. Hekman (2000: 294). Al respecto, ver también O. Curiel (2003), sobre quien volveremos enseguida.

¹⁶ “Las identidades que las mujeres han adoptado bajo el nombre de políticas de la identidad, no son elección suya: son, más bien, precisamente aquellas impuestas por la sociedad que están cuestionando” (Hekman (2000: 296).

¹⁷ *Ibíd.*, p. 291 y p. 303.

¹⁸ Cfr. O. Curiel (2003: 13).

será llenado de alguna manera, a favor o en contra de la subalternidad. El caso particular de las mujeres negras, trabajado por Curiel, puede servir de ejemplo:

La identidad de las mujeres negras se concibe como una necesidad, producto de la experiencia y de la historia, que las coloca en la urgencia de posicionarse como persona individual y como grupo social.¹⁹

En esta misma línea puede ubicarse la postura de Chantal Mouffe respecto de los movimientos políticos y la lucha por ocupar espacios políticos que, de no ser habitados por fuerzas contrahegemónicas, serán monopolizados por quienes tradicionalmente las han oprimido.²⁰ Tampoco es nuestra intención censurar ciertas generalizaciones que facilitan tareas políticas y/o académicas: el problema no reside en el uso de universales con fines descriptivos, sino quizás –como observa Chandra Mohanty– en su uso como excusa para un deslizamiento desde el plano discursivo, hacia el plano explicativo o incluso el material:²¹ en nuestro ejemplo inicial, no es lo mismo recurrir a una noción tal como la de “los gays” (sic) para sintetizar un titular de periódico, que afirmar la existencia de un colectivo unificado e indiferenciado de personas que comparten una identidad subyacente a su reclamo común.²² Es justamente por tratarse de recortes inevitables en cualquier representación, que deben ser tenidos en cuenta y explicitados para garantizar su coherencia con el contenido que se quiere transmitir, y su adecuación al contexto político en el que se utilizan.²³ En este sentido, puede resultar necesario retomar una pregunta

¹⁹ Ibid., p. 9.

²⁰ La lucha política no puede ser solamente desarticulación: “El segundo momento, el momento de rearticulación, resulta crucial. De otra manera, nos encontraríamos con una situación caótica de pura diseminación, dejando la puerta abierta para que penetren otros intentos de rearticulación por parte de fuerzas no progresivas” (Mouffe 2010).

²¹ Cfr. Mohanty (2008: 76, 92).

²² Tal como sintetiza brillantemente Leo Bersani: “El yo [self] es una conveniencia práctica; ascendida al status de ideal ético, es una consagración para la violencia” (en *Is the rectum a grave?*, Bersani 2010: 30). Sin embargo, no deja de ser compleja la tarea de determinar dónde reside el límite entre lo que es estratégicamente aceptable, y lo que no lo es.

²³ Tal como afirma C. T. Mohanty: “Mis argumentos no van tanto dirigidos contra la generalización como a favor de generalizaciones más meticulosas y específicas históricamente, sensibles a las realidades complejas. Mis argumentos tampoco niegan la necesidad de forjar identidades y afinidades políticas estratégicas (...)” (Mohanty 2008: 94). En este punto concuerda también Judith Butler, pese a lo que sostienen algunos de sus críticos: aun con sus peligros, la utilización de los términos identitarios y generalizadores es “políticamente indispensable”. Para evitar los riesgos expuestos aquí, cada noción debe ser puesta a prueba continuamente, tanto desde el activismo como desde la academia. Al respecto, ver su análisis del término *queer* en *Cuerpos que importan* (Butler, 2000: 322-323).

adelantada algunas líneas más arriba: ¿Por qué es tan importante defender estas “figuraciones”? ¿Qué incidencia real pueden tener sobre las vidas de las personas a las que se refieren? Las representaciones determinan en gran parte la constitución de los colectivos a los que refieren, y de las personas que forman parte de ellos. Su ámbito de influencia se extiende, tanto individual como colectivamente, desde la imagen social de sus destinatarios y la auto-percepción de sus portadores, hasta sus objetivos políticos y su capacidad de agencia. En el caso particular de las narraciones históricas (de naturaleza académica, periodística o de cualquier otro tipo), puede pensarse la presencia histórica (la presencia en un relato en el que un determinado grupo o individuo se vea retratado como interviniendo sobre su propia realidad) como desencadenante para una proyección hacia una agencia futura. Por el contrario, quien no ve cambios en su pasado, tampoco los podrá imaginar hacia delante: un colectivo que no se ve reflejado como agente en un relato histórico, no tiene herramientas para pensarse a sí mismo como capaz de modificar su presente o su futuro.²⁴ Es de suma importancia, entonces, que el colectivo esté inserto en una figuración en la que pueda verse dentro la cadena causal de eventos del mundo: todo individuo o colectivo existe en el marco de una historia, que le afecta y que es afectada por él.

Una vez que decidimos prolongar la vida discursiva tanto de identidades como de generalizaciones, queda por ver cuáles son esos parámetros que deberán seguir, y cuáles los obstáculos (deslizamientos, ocultamientos) que se lo impiden. Tal como queda en evidencia a partir del rápido relevamiento periodístico con el que se inauguró este trabajo, existen numerosas vías por las cuales las representaciones de grupos marginados pueden atentar contra un discurso de emancipación o incluso de equidad. Cuando no se trata de una burda invisibilización, nos encontramos con discursos que circulan en términos que solo aportan a la ulterior marginación y opresión de quienes, quizás, se intenta defender. Para evitar estos efectos, entonces, las referencias a identidades o a categorías universales deberán seguir una serie de parámetros, en sintonía con los valores que las figuraciones mismas están intentando defender.

En lo que sigue, nos detendremos sobre algunos de los recursos más problemáticos de dichos discursos, para luego pensar (en la próxima sección) en posibles herramientas para revertirlos.

²⁴ Tal como cita C. Mohanty, a partir de un artículo de Mirna Lazreg, al subsumir a las mujeres en un sistema definido en términos fundamentales, “se considera inevitablemente que estas evolucionan en un tiempo no histórico. Casi no tienen historia. De esta suerte, se anula la posibilidad de cualquier análisis del cambio” (Mirna Lazreg, citado en Mohanty 2008: 85).

II. 1. *Objetivación y desajustamiento*

En su libro *Justice and the Politics of Difference*, Iris Young define “imperialismo cultural” como el hecho paradójico de que un grupo sea a la vez invisibilizado, y marcado como diferente o estereotipado. El primer aspecto de esta paradoja se refiere a la invisibilización de sus miembros en tanto sujetos, esto es, en tanto “personas con su propia perspectiva y experiencia e intereses específicos de un grupo”.²⁵ La autora nos advierte, así, respecto de una tendencia recurrente en las representaciones de personas trans, así como de otros individuos y grupos marginales: el referirse a ellos como *padeciendo* una serie de procesos o eventos, siendo *afectadx*s por ellos o, en el mejor de los casos, como *resistiendo* o *reaccionando* a un determinado orden de cosas. Las mujeres islámicas en Francia *sufren* la opresión de su tradición, que las obliga a portar el burka; las parejas del mismo sexo *esperan* ansiosas la definición de un debate que les permitirá o no unirse en matrimonio; millones de personas *son arrastradas* a la pobreza tras la crisis.

El hecho de que un individuo o un colectivo sea siempre referido como *afectado/a por* un proceso, una acción o un grupo que se presenta como su opuesto nos lleva a pensar, como Young, en la oposición entre sujeto y objeto. El sujeto toma decisiones políticas que el objeto *padece* o *resiste*; el sujeto determina la norma, y el objeto se adapta a ella (so pena de dejar de ser comprensible y representable);²⁶ el sujeto elabora la figuración, abordando al objeto desde un lugar exterior y diferente. De esta manera, se alimenta un esquema circular en el que dicho *objeto* no se considera ni es considerado como capaz de suscitar nuevos estados, o de accionar (y no, finalmente, *reaccionar*) de manera autónoma y espontánea.

Incluso en los casos en los que el abyecto adopta la posición de sujeto, lo hace desde el lugar de *aquel* sujeto, dando lugar a lo que Young llama

²⁵ Cfr. Young (1990: 123).

²⁶ En relación con este punto, quizás sea oportuno aclarar que en el caso de Butler se lleva más allá la condición de aquello que no es sujeto: “Lo abyecto designa aquí precisamente aquellas zonas ‘invisibles’, ‘inhabitables’ de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo ‘invisible’ es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos” (J. Butler, 2000: 20). En Butler, entonces, lo ‘abyecto’ no llegaría siquiera a ser representado como objeto, dado que no puede ser nombrado. Young (2005: 24) hace una aclaración similar al distinguir las estructuras de subordinación racial o de mujeres (que confinan a los individuos a determinados lugares de opresión), de aquellas de la comunidad LGBT (que no le atribuyen ningún lugar en absoluto, tornándola invisible por completo).

“doble conciencia”: “para cualquier sujeto, sea cual fuere su pertenencia grupal específica, el punto de vista de sujeto se identifica con el punto de vista de los grupos privilegiados”.²⁷ Las personas marginadas incorporan el discurso que las relega a una posición de inferioridad, y lo aplican tanto a sí mismas como a sus pares. De acuerdo con Young, aquí reside uno de los puntos fundamentales del imperialismo cultural: existe solamente un punto de vista de sujeto, constituido, por supuesto, a costa de la exclusión y negativización de lo diferente.

La atribución de un rol pasivo o reactivo en las narrativas –pocas, por otra parte, tal como vimos en nuestro ejemplo inicial– que lidian con estas entidades, cancela todo tipo de lugar para la agencia y difunde una visión de la historia según la cual todos los eventos nacen del “centro”, y desde allí se derraman hacia la periferia (ahistórica), que a lo sumo podrá reaccionar cuando se vea amenazada por ellos.

¿Cuál es el origen de esta tenaz configuración de las narrativas? De acuerdo con Susan Hekman (quien sigue en esto a Wendy Brown), debemos buscarlo en el motivo por el cual fueron elaboradas:

Las políticas de la identidad basadas en estas definiciones fijan la identidad de los actores políticos como heridos, como víctimas. Estas identidades *se originan en un esfuerzo por subordinar a estos sujetos*, no por liberarlos.²⁸

No por nada, al momento de referirse a determinados grupos se apela a características tales como sus dependencias compartidas, en lugar de centrar el foco en las luchas y los proyectos que los unen.²⁹ El origen espúreo de las identidades que conforman nuestras narrativas, las marca a fuego y dificulta hasta hoy cualquier tarea emancipadora que quiera servirse de ellas.

²⁷ Cfr. Young (1990: 58-59, 147). Si la conciencia es doble, es porque circula también, de manera paralela, un discurso propio del grupo oprimido, conformado colectivamente a través de la interacción entre pares y la elaboración de relatos de empoderamiento. Mientras el grupo ocupe una posición de subordinación, sin embargo, siempre deberá lidiar con el juego entre ambas conciencias.

²⁸ Cfr. S. Hekman (2000:, 296) *itálica mía*.

²⁹ Es así como Mohanty nota: “Si tener dependencias comunes fuera todo lo que hiciera falta para unir a las mujeres del Tercer Mundo como grupo, siempre se las percibiría como un grupo apolítico, sin estatus de sujeto. En lugar de ello, si hay algo que puede hacer que las mujeres del Tercer Mundo se constituyan como grupo estratégico en esta coyuntura histórica, es el contexto común de lucha política contra las jerarquías imperialistas, de clase, raza, y género” (Mohanty 2008: 79).

II. 2. Homogeneización

En la paradoja del imperialismo cultural, tal como la presenta Young, existía un segundo aspecto paralelo al desagenciamiento por el cual el grupo en cuestión era “demarcado, congelado en un ser marcado como Otro, desviado en relación con la norma dominante”.³⁰ Es decir, no solo se desplaza a estos individuos y colectivos al rol pasivo de objetos, haciendo caso omiso de sus procesos y su contexto, sino que también se los presenta como un todo homogéneo y compacto. A través de la *uniformización* de los integrantes de un colectivo, se les atribuyen características comunes y se suprime cualquier tipo de diferenciación interna.

El primer gesto que tiene lugar aquí es el de eliminar todos los aspectos que no tengan que ver directamente con aquella característica principal que mancomuna a la categoría misma. Es el caso de las personas provenientes de los estratos más castigados económicamente, que son rotuladas colectivamente como “pobres”, y mediante un eficaz mecanismo de unificación, no se conoce otra cosa de ellas, más que su pobreza. A través de estas figuraciones, la característica considerada principal se impone y excluye a cualquier otra (individual o colectiva) del grupo y de todos los individuos pertenecientes a él.

La elaboración de estas figuraciones presupone, así, que dentro del colectivo que es analizado no existen diferencias internas: en palabras de Mohanty, se “colonizan discursivamente las heterogeneidades materiales e históricas, [...] produciendo/representando así” (en el caso que trata la autora) una “Mujer del Tercer Mundo” “compuesta y en singular”.³¹ Hacia el principio de este trabajo, nos hemos encontrado con notables ejemplos de esta tendencia, como aquel titular que refiere a “los gays” como un bloque monolítico e indiferenciado, sin siquiera tener en cuenta que las personas trans (que serían, a fin de cuentas, quienes “piden cambiar sus nombres” bajo la descripción del artículo) en muchos casos ni siquiera son “gays”.

Por otra parte, es sumamente frecuente encontrarse con casos en los que ni siquiera se tienen en cuenta las características mismas del colectivo,

³⁰ Cfr. Young (1990: 123).

³¹ Cfr. Mohanty (2008: 72). En este artículo, la autora denuncia “la producción de la ‘Mujer del Tercer Mundo’ como un sujeto monolítico, en singular, en algunos textos feministas (occidentales)” (Ibíd., p. 69). Casi veinte años después (dado que la edición original del trabajo es de 1985), Mohanty vuelve sobre el tema en relación con los programas de “Estudios de Mujeres”, donde además se retrata a las euro-americanas como “sujetos vitales, complejos y cambiantes” (Mohanty 2003: 16).

sino que simplemente se lo constituye en términos de oposición, como *lo otro* respecto de un centro o una norma. Una primera distinción, fundamental para este tipo de estrategias, es aquella según la cual dentro de lo “uno” hay individuos, mientras que dentro de lo “otro” encontramos solamente una categoría excluyente.³² En un país como Canadá puede haber mujeres más o menos emancipadas –algunas serán objeto de violencia doméstica, otras la ejercerán, otras lucharán contra ella desde el activismo o la academia–; en un país islámico, en cambio, todas las mujeres padecen la represión del mandato religioso y patriarcal, sin siquiera concebir una resistencia. Nuevamente en palabras de Mohanty:

El discurso feminista occidental [...] define a las mujeres del Tercer Mundo como sujetos [y aquí podríamos corregir: *objetos*] fuera de las relaciones sociales, en lugar de examinar el modo en que las mujeres se constituyen a través de esas mismas estructuras.³³

Quien queda en el lugar de objeto, es congelado en una categoría única, previa a la inserción en cualquier dinámica social, mientras que en Occidente hemos llegado a entendernos como producto de una construcción social constante y dinámica. Se establece así una oposición binaria entre el centro y la periferia (“Occidente” y “el Tercer Mundo”), en lugar de pensar en una escala continua o una red en la que se entrecruzan y combinan todas las características en juego.

Cabe agregar que todo ello, además de obstaculizar el agenciamiento (ya dificultado por la tendencia analizada en el apartado anterior), lleva a una *opresión dentro de la opresión*. En efecto, en el interior del colectivo uniformizado, junto con las diferencias se invisibiliza también a las personas que no concuerdan con esa uniformidad. Este fenómeno es particularmente evidente en el caso de los cuerpos de las mujeres, en el que además de considerarse al cuerpo femenino como inherentemente débil y poco funcional, se exige un modelo de corporalidad determinado (tanto de presencia física, como de modos de relacionarse con la propia corporalidad), sin dar lugar a aquellas mujeres que no desean o no pueden adherir a él.

³² Cfr. D. Meyers (1994: 4) “El problema de la diferencia es en parte un problema acerca de cómo pensamos acerca de las personas. En lugar de notar individuos, asignamos a las personas a categorías excluyentes”, para efectuar luego el deslizamiento más peligroso: el descartar “a las personas clasificadas de esta manera (...) como inherentemente defectuosas”.

³³ Cfr. Mohanty (2008: 97).

II. 3. En el polo negativo

En la gran mayoría de los casos, la simplificación analizada en el punto anterior se centra en características de tamiz negativo, ya sea por reducir al sujeto a su situación de marginalidad (un colectivo o individuo que *padece* una determinada realidad), o por directamente atribuirle todos los valores opuestos a aquellos del sistema defendido por el grupo hegemónico (debilidad del cuerpo femenino, promiscuidad de la comunidad LGBTI, etcétera). Nuevamente, el caso de los cuerpos es paradigmático, entrecruzándose también con la marginalidad social y económica: tal como detecta Young, “la experiencia de la opresión racial conlleva en parte la existencia como un grupo definido en términos de portación de un cuerpo feo”.³⁴ En un grupo racial marcado como subalterno, la opresión se relaciona estrechamente con la corporalidad, de múltiples maneras: la pertenencia es definida, como vimos, en términos de características físicas; cada individuo porta las marcas de su pertenencia racial en su cuerpo, resultando prisionero de él; el abyecto lee el rechazo de los otros a partir de sus gestos y comportamiento corporal;³⁵ finalmente, se relaciona la corporalidad misma con la identidad del abyecto, y aquella del sujeto hegemónico con el ámbito de la razón.³⁶ En cada uno de estos niveles, lo abyecto se vincula con la corporalidad, polo negativo dentro de la escala de valores normativa; y a la vez, dentro de ese mismo polo, se le atribuye el peor lugar: el del cuerpo feo.

Llegado este punto, tal vez surja un interrogante de suma relevancia: ¿Cómo es posible que lo que sucede en el orden discursivo y el gestual sea tan determinante, incluso para la existencia material de un grupo? Diana Meyers se ocupa de resaltar la importancia insoslayable que tiene dicho orden para la percepción moral y la reflexión, en tanto son en gran parte estas figuraciones prejuiciosas (desarrolladas en un nivel que escapa a un análisis de la razón) las que sostienen la exclusión social de determinados grupos. De acuerdo con la autora, esto es posible porque las figuraciones acaban siendo principios organizativos fundamentales que estructuran la cosmovisión de una determi-

³⁴ Cfr. Young (1990: 123).

³⁵ Tanto Young (1990) como Meyers (1994) ofrecen un análisis interesante de las consecuencias que esta división tiene para la moral, en tanto nada que exceda a la esfera tradicionalmente atribuida a “lo racional” es tenido en cuenta a la hora de juzgar el accionar de las personas.

³⁶ No es azarosa la distribución de roles: de acuerdo con la normatividad vigente, es la razón quien domina al cuerpo, lo controla y unifica. En este sentido, ver nota 12 del primer apartado.

nada cultura.³⁷ Judith Butler profundiza aún más esta incidencia, llevándola hasta el límite de lo concebible: “El poder que tiene el discurso para materializar sus efectos es consonante con el poder que tiene para circunscribir la esfera de la inteligibilidad”.³⁸ En el apartado siguiente, volveremos sobre este punto al afirmar que para revertir la exclusión será necesaria la elaboración de contrafiguraciones emancipatorias de aquellos grupos excluidos.

II. 4. El “uno” ante el “otro”

Sin embargo, es importante no dejar de lado un último aspecto problemático de las representaciones, sin el cual los riesgos planteados hasta el momento no tendrían lugar. Para introducirlo, podemos volver a Young y su concepción del “imperialismo cultural”, en relación con el cual aclara que mientras el grupo dominado es devuelto permanentemente a su lugar de abyección, “los grupos dominantes no necesitan notar en absoluto su propio ser como grupo; ocupan una posición no marcada, neutral, aparentemente universal”,³⁹ en la cual “les está permitido ser individuos”.⁴⁰ Todas las figuraciones de lo “otro” que analizamos hasta aquí, tienen como contrapartida una figuración opuesta de lo “uno”: a la opresión se contraponen la emancipación; al retraso, el desarrollo; a la homogeneidad, la riqueza de variedades. Como si esto fuera poco, la marca de la diferencia se invisibiliza, con lo cual lo “uno” no se percibe como grupo, sino que se lo presupone como patrón y referente normativo universal.⁴¹

Este último punto nos ayuda a entender que si este es quizás el aspecto más difícil de revertir, de entre los vistos hasta ahora, es porque la “otredad” misma existe precisamente para garantizar la estabilidad del sujeto. El sujeto (individual o colectivo) necesita tercerizar sus diferencias internas para reafirmarse como idéntico: tal como denuncia Butler, “el sujeto se construye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un

³⁷ Cfr. D. Meyers (1994: 44 y 54) donde afirma: “Lo que está en juego en la perpetuación de figuraciones culturalmente arraigadas de los grupos sociales excluidos, es nada menos que la comprensión por parte de una sociedad, de la especie humana y su lugar en el universo”.

³⁸ Cfr. J. Butler (2002: 267).

³⁹ Cfr. Young (1990: 123).

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 59: mientras que al objeto del imperialismo cultural se lo marca colectivamente con una única esencia, cada sujeto hegemónico, en tanto escapa a la marcación de grupo, puede ser un individuo.

⁴¹ Este referente muchas veces se expresa en términos de progreso, siendo el otro un “nosotras mismas en estado bruto” (Mohanty 2008: 75-76).

exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es ‘interior’ al sujeto como su propio repudio fundacional”.⁴² Una vez que la propia identidad ha sido definida, alcanza con un rápido deslizamiento para transformar a lo otro de sí en oprimido:

Las identidades tanto personales como colectivas, inevitablemente se definen a sí mismas como verdaderas, convirtiendo a las diferencias en otredad y a la otredad en chivos expiatorios.⁴³

Hasta aquí, entonces, algunas pautas para un análisis de las figuraciones en términos de su relación con el agenciamiento o empoderamiento de aquellos individuos y comunidades a los que se refieren. Gracias a ellas hemos visto cómo, en las escasas ocasiones en que se visibiliza a quienes ocupan lugares de abyección, esta visibilización se produce en términos negativos, uniformizantes y que coartan el horizonte de agencia del “otro”. Vimos también las implicancias que este tipo de figuraciones tienen para el “uno”, que se autopercibe como diverso, emancipado y con posibilidades de intervenir sobre su propia realidad. Esta dinámica entre dos juegos de descripciones, valores y posibilidades está presente en gran parte de las figuraciones (discursos periodísticos, relatos históricos, representaciones literarias o de cultura popular, expresiones coloquiales, etcétera) con las que tanto “unos” como “otros” deben lidiar cotidianamente, con consecuencias negativas, como vimos, para ambas partes.

III. Recuperando la representación: las contrafiguraciones

Existen, sin embargo, numerosas estrategias para evitar estas tendencias, y desde diversas corrientes se han elaborado herramientas analíticas y políticas para contrarrestar las dificultades que hemos expuesto hasta aquí. No consideramos que sea necesario, como explicamos más arriba, afirmar la irrepresentabilidad como única salida a los problemas expuestos en los apartados anteriores.

⁴² Cfr. J. Butler (2000: 20). También en *Ibíd.*, p. 37, donde se define lo simbólico como “una serie de mandatos normalizadores que fijan los límites (...) mediante la amenaza de la psicosis, la abyección, la imposibilidad física de vivir”. Similarmente, Young (1990: 124-126) explica la aversión de lo otro en términos de “ansiedad respecto de la pérdida de identidad”.

⁴³ Cfr. S. Hekman (2000: 295), retomando el análisis de William Connolly en *Identity/Difference* (1991).

Dado que el problema es ante todo la reclusión de individuos y comunidades a un *locus* negativo y de pasividad, de lo que se trata aquí es de encontrar modos de recuperar un lugar de agencia, y descripciones más complejas y profundas. A continuación, entonces, nos disponemos a evaluar algunas herramientas que se han propuesto para revertir los problemas expuestos en la sección anterior respecto de determinadas figuraciones y, en general, para abordar diversas categorías de manera pluralista y empoderadora. Tal vez sea oportuno aclarar que todos los puntos a los que hemos hecho alusión en la sección anterior (y que retomaremos a continuación) están, obviamente, estrechamente ligados. Sin embargo, aquí hemos trabajado a partir de una separación analítica, con fines puramente expositivos, aun manteniendo en vista que tanto los problemas como las propuestas para solucionarlos son inescindibles en la práctica y deberán ser tratados en conjunto.

III. 1. Contextualización e historización

Vimos más arriba que una de las principales consecuencias de las representaciones de nuestros sujetos es su desagenciamiento: ocupan el lugar de meros *objetos*, tanto del estudio como de los eventos político-sociales, los cuales les desfilan por delante y los *afectan* de diversas maneras. Nuestro principal objetivo deberá ser, por lo tanto, encontrar modos de recuperar, a través de nuevas contrafiguraciones, la agencia que les ha sido negada.

Para ello podrán ofrecerse, en primer lugar, representaciones en términos de *procesos*: es decir, recuperar en estos sujetos el dinamismo que generalmente se soslaya. A través de las categorías de género, clase, etnia u orientación sexual se ha inmovilizado la realidad en dos categorías excluyentes: el “uno” (sujeto), de quien surge la división, y el “otro” (objeto), que incorpora esta perspectiva ajena. El primer grupo es el centro, en el discurso y la política: el ámbito de complejidades, relaciones de poder, opresiones, desarrollo, conquistas y derrotas. Los “cuerpos que importan” (utilizando la terminología de Butler) pueden estar de moda y luego no estarlo, pueden relacionarse de diversas maneras a lo largo del tiempo, tienen una historia. Los “cuerpos que no importan”, en cambio, no son vistos como resultado de un proceso, no se entienden como inmersos en una trayectoria (y mucho menos, por supuesto, de un movimiento emancipatorio). Y, tal como anticipamos al principio de nuestro trabajo, la inescindible relación entre presencia histórica (historiográfica) y presencia política torna fundamental la elaboración de representaciones en las que colectivos e individuos tradicionalmente abyectos sean tenidos en cuenta en tanto agentes históricos.

Otro punto que puede contribuir a este cambio de perspectiva es presentar al colectivo en cuestión dentro de su correspondiente *contextualización*.

Así como para constituirnos en tanto sujetos necesitamos entendernos como cimentados en un proceso que nos antecede, también será necesario comprender nuestra relación con quienes nos rodean, dado que es justamente a través de estas relaciones, que actuamos sobre el mundo y él actúa sobre nosotros. Al explicitar el contexto de lo que llamamos “sur global”, por ejemplo, podrá entenderse su situación dentro del orden socio-político, y a partir de ello detectar cuáles son los procedimientos por los que podría modificarse este patrón.

En cuanto a las herramientas concretas para la elaboración de discursos alternativos, podemos comenzar por retomar la propuesta que Mohanty plantea respecto de “las mujeres del Tercer Mundo”. En su trabajo, la autora sugiere utilizar como desencadenante del análisis un caso puntual en el marco de un contexto concreto (en su ejemplo: un determinado grupo de mujeres en relación con un modo histórica y culturalmente específico de organización patriarcal), en lugar de una categoría universal (ideada, por otra parte, por ese *sujeto* que muy probablemente no esté sometido a ella: “las mujeres oprimidas del Tercer Mundo”, y semejantes).⁴⁴ De esta manera, se previene aquel desliz entre descripción y explicación al que hicimos referencia más arriba, y se usan con prudencia las generalizaciones de acuerdo con lo que permite cada contexto. Finalmente, se evita el ocultamiento del particular concreto detrás del universal, facilitando así la tarea de contrastación del análisis propuesto con los casos concretos a los que refiere.

Estos recursos serán un primer paso en el reemplazo de aquellas figuraciones que presentaban a individuos y comunidades históricamente oprimidas en términos de *cosas a ser observadas o explicadas* desde categorías del *uno*. En ellas, el posicionamiento epistémico ya establecía una división sujeto/objeto infranqueable, que luego serviría para la distribución de una larga serie de términos binarios: desarrollado/no desarrollado, mente/cuerpo, normal/desviado, razón/pasión (y en otro sentido: acción/pasión), etcétera. Para sustituir estas figuraciones en el caso de los cuerpos, por ejemplo, Young propone –desde una perspectiva fenomenológica– pensar en la corporalidad como un modo de ser-en-el-mundo, y en el cuerpo vivido como siempre atravesado por significados sociales e históricos.⁴⁵ Es decir, dentro de un contexto y una historia, que lo determinan y son determinados por él, resultando –como veremos a continuación– en un cuerpo complejo, diverso y por momentos contradictorio.

⁴⁴ Cfr. Mohanty (2008: 87-88).

⁴⁵ Cfr. Young (2005: 6-7).

III. 2. Complejización, contradicciones y diversidad

Pero los problemas que detectamos en las representaciones de estas categorías, no se reducían a la supresión de cualquier tipo de dinamismo (ya sea mediante su ahistoricidad, como su descontextualización). Junto con la agencia, y fuertemente ligada a ella, se ha negado para estos sujetos una representación que dé cuenta de su diversidad y sus complejidades internas, reduciéndolos a un grupo homogéneo, a partir de una característica singular que sería el único eje de análisis relevante.

En todos los ejemplos presentados hasta ahora (las personas trans, los cuerpos “que no importan”, el “sur global”) se repite el patrón de una homogeneización que quita espesor a las categorías y las congela en una imagen simplista (y gran parte de las veces, negativa) en relación con la norma. Las personas marginadas económicamente son “delincuentes” o, a lo sumo, “pobres”. Nótese, en relación con lo afirmado en el apartado anterior, que aquí no se habla de que estén *transitando* un momento de dificultad, no se historiza ni se contextualiza la apreciación; se trata de una categoría estanca en la que cada persona simplemente *es*.⁴⁶ En muchos casos, esta simplificación está acompañada por una línea de progreso, en la que la periferia aún no ha alcanzado un lugar que se reserva para los “países desarrollados”. Esto, combinado (paradójicamente) con la estaticidad a la que se condena al “otro”, resulta en una perversa representación en la que el progreso se dibuja en el futuro y, a la vez, es inalcanzable porque la agencia se reserva para quienes ya han llegado a él.

Para combatir esta tendencia, podemos comenzar por atender a las contradicciones, la diversidad y las innumerables aristas que presentan los sujetos en situación subalterna. La agencia solo podrá ser conquistada una vez que (paralelamente a la contextualización y la historización) se comience a considerar a estos sujetos en toda su riqueza y se elaboren figuraciones que incorporen un amplio abanico de sus características y no sólo aquellas que tienen que ver con su situación de opresión. Con ello, se tomará conocimiento de las aristas del sujeto periférico que pueden contribuir a su emancipación y de aquellas que comparte con el “uno” que, como vimos, acostumbra a pensarlo como un “otro” radical. La presentación de relatos con protagonistas

⁴⁶ Cabe aclarar que la simplificación de lo *otro* ha sido ampliamente denunciada en el caso del sur global, en primer lugar a través de innumerables acusaciones de eurocentrismo en la academia del llamado “primer mundo”. En este sentido, los textos citados de Mohanty y Curiel son sumamente representativos.

más complejos –e incluso contradictorios– es importante también, y más fundamentalmente, por el rol cardinal que cumplen las contradicciones en pos de la transformación social. En este sentido, consideramos con Mohanty⁴⁷ que la explicitación misma de la contradicción es el primer gesto necesario para la transformación: es en el quiebre generado por dicha contradicción que se insertará la cuña para generar un espacio de emancipación.

III. 3. *Revertir la negatividad*

Tal como vimos en el apartado anterior, el objeto/sujeto subalterno no solo es caracterizado esencialmente a partir de una sola categoría (que habrá tenido incluso antes de entrar en las diversas relaciones sociales), sino que esta categoría es, en la aplastante mayoría de los casos, valorizada negativamente dentro de la escala normativa. En estrecha relación con el punto anterior, entonces, deberemos pensar no sólo en enriquecer las representaciones (incluyendo diversos matices de nuestro objeto/sujeto), sino también en revertir la valoración que se cuele en ellas. Tal como veremos en el próximo apartado, este trabajo deberá comenzar por un cuestionamiento del “uno”, que es valorizado a costas de la polaridad que se establece respecto de aquel “otro” del que se recorta.

Antes de entrar en ese punto, sin embargo, es importante recordar que, tal como adelantamos al principio de nuestro trabajo, no alcanzará con deshacernos de las figuraciones negativas que eran tradicionalmente vinculadas al “otro” estigmatizado. En este sentido, Meyers nos advierte que la delegitimación del imaginario tradicional dejará un vacío figurativo que deberá ser completado con nuevas “resimbolizaciones figurativas”, si no queremos que sea invadido por un resurgimiento de las figuraciones anteriores.⁴⁸ La posibilidad de construir dichas propuestas, está ligada –estrecha aunque no exclusivamente– con el agenciamiento de los –ahora– sujetos, que una vez que se constituyen como tales están en condiciones de elaborar sus propias representaciones de sí y de la realidad en la que se desenvuelven.⁴⁹

⁴⁷ Cfr. Mohanty (2008: 89).

⁴⁸ Cfr. D. Meyers (1994: 60). Las nuevas *contrafiguraciones* serán producidas en parte a través de lo que Meyers llama “discurso disidente”, esto es: “la actividad de atribuir expresiones figurativas positivas a materiales inconscientes que de otro modo distorsionarían el juicio moral” (Ibíd., p. 59).

⁴⁹ Aquí comienza a asomarse una paradoja, problemática pero no irresoluble, sobre la que volveremos hacia el final del trabajo: el abyecto deberá salir de su lugar de abyección para acceder a la elaboración de discursos alternativos, pero no podrá elaborar dichos discursos mientras siga siendo realmente abyecto.

III. 4. *Desafiar al “uno”*

Como contrapartida de la caracterización estática, plana y sin matices que se presenta del “otro”, se ha dibujado un “uno” complejo, diverso, dinámico y en permanente cambio. Hasta ahora hemos visto, así, diversos recursos para llamar la atención sobre estas características que están presentes en aquel “otro” en igual medida que en el “uno” que lo construye. Sin embargo, es de vital importancia llamar la atención sobre otro gesto, quizás más difícil y más necesario que los anteriores: al mismo tiempo que se agudiza la mirada sobre los detalles del “otro”, no deja de ser necesario también un profundo cuestionamiento del “uno” en el que nos hemos asentado. Tal como propone Young, es hora de

en lugar de buscar la completitud del yo, [...] afirmar la otredad dentro de nosotros mismos, reconociendo que en tanto sujetos somos heterogéneos y múltiples en nuestras afiliaciones y nuestros deseos.⁵⁰

En este sentido nos vemos obligados a reconocer que al abrazar la propuesta de Mohanty⁵¹ de pensar en el reconocimiento de las contradicciones como primer paso para el cambio, debemos ante todo ocuparnos de aquellas que alojamos en nuestro interior, tanto individual como colectivamente. En otros términos, la diferencia no debe ser solo aquello que separa a lo “uno” de lo “otro”, sino que debe reconocerse también dentro de cada uno de estos dos ámbitos: dentro de lo “otro” hay diversidad, complejidad y matices y dentro de lo “uno” también hay contradicciones, problematicidad y cualidades que muchas veces hemos preferido relegar al ámbito de lo otro. En este sentido, Diana Meyers propone expandir aquello que entendemos por “diferencia”, con el objetivo de exponernos a todos como diferentes, en un sentido u otro. Las consecuencias de este gesto serán, en primer lugar, de tipo moral, ya que encontraremos un “sujeto moral no unitario” (contrapuesto al sujeto monolítico-racional kantiano), cuestionado “tanto por fuerzas interpersonales como por fuerzas intrapersonales”.⁵² Cabe destacar que la propuesta en este caso no es, como puede apreciarse, el abandono de toda subjetividad (por motivos que van en la dirección de los expuestos hacia el principio de este trabajo), sino más bien la figuración del sujeto como cambiante, en-proceso y descen-

⁵⁰ Es lo que la autora llama “revolucionar el sujeto”: Young (1990: 125).

⁵¹ Cfr. Mohanty (2008: 89).

⁵² Cfr. D. Meyers (1994: 7).

trado.⁵³ Este gesto evidenciará, eventualmente, la dificultad de sostener la tradicional separación tajante entre “lo uno” y “lo otro”, proponiendo en cambio una presentación relacional y fluida entre ambos.

IV. Conclusiones

Hasta aquí, hemos analizado algunas herramientas con las que podemos contar para la elaboración de contrafiguraciones no opresivas, proponiendo cambios tanto en la representación de lo otro, como de sí, y de la relación entre ambos. Quisiéramos concluir el presente trabajo apuntando algunos otros movimientos que serán necesarios, si es que realmente aspiramos al cambio en relación con los discursos que circulan acerca de individuos y comunidades en situaciones de opresión o marginalidad. Personas trans, personas que no responden a la heteronormatividad, personas pertenecientes a condiciones sociales o étnicas subalternas, deben ser protagonistas de discursos diferentes, para llegar a ser protagonistas de realidades diferentes.

En primer lugar, cabe mencionar que la construcción de contrafiguraciones emancipatorias no se dará solamente a través de un trabajo sobre los discursos y las representaciones. El prejuicio, la exclusión y los estereotipos opresivos serán erradicados solo cuando las condiciones materiales acompañen esta emancipación del plano del discurso. Es decir, existe un aspecto material, económico y de infraestructura que no puede ser soslayado, aun si el objetivo de este trabajo en particular no ha sido el de pensar políticas públicas, sino más bien reflexionar acerca de los modos de revertir la opresión en el orden figurativo. Tal como nos advierte Diana Meyers, cada vertiente del cambio requiere de la otra para su eficacia: “Sin logros económicos y políticos tangibles, las contrafiguraciones nunca se arraigarán en la cultura dominante; pero sin una resimbolización de los grupos sociales excluidos, el prejuicio cultural normativo siempre amenazará a los avances materiales”.⁵⁴

En segundo término, es necesario hacer lugar también a una advertencia metodológica. Es importante hacerse cargo de la interpelación de este tipo de análisis a nuestro trabajo como intelectuales, en la tarea que día a día realizamos desde la academia. Una vez que entendemos que los mecanismos

⁵³ *Ibíd.*, p. 58.

⁵⁴ Cfr. D. Meyers, *óp. cit.*, p. 15. Sobre este punto, es particularmente interesante el aporte de Nancy Fraser en relación con el debate que opone falazmente “reconocimiento” a “redistribución”: “las diferencias culturales podrán ser elaboradas libremente y mediadas democráticamente solo sobre la base de la igualdad social”: Fraser (1997: 182).

de poder son múltiples y están en permanente transformación, se hace evidente la necesidad de acompañar estos movimientos con un trabajo autocrítico, que incluya también a nuestra práctica profesional misma. Para ello, deberemos comprometernos a una revisión periódica y profunda de nuestra propia metodología y de los principios (epistemológicos, éticos y políticos) sobre los que se sustenta nuestro trabajo académico. Solo así podremos mantenernos alertas ante posibles consecuencias no deseadas de nuestra producción: como sostiene Mohanty, “Dado que de hecho nuestro lenguaje es impreciso” e inadecuado, es necesario evitar “que cualquier lenguaje se torne estático”.⁵⁵ Esta revisión constante debe ser asumida como compromiso no solo metodológico sino también ético, si queremos contribuir a la constitución de un orden nuevo.⁵⁶

Finalmente, nada de lo expuesto hasta ahora nos asegurará el logro de contrafiguraciones emancipatorias, si no nos detenemos a pensar en el momento en el cual quien tradicionalmente ocupó el lugar de “objeto a ser explicado”, toma el lugar de sujeto (epistémico, político, cultural y de cualquier otro orden que imaginemos). No obstante, este momento se vincula con las estrategias que abordamos hasta ahora de manera circular: el objeto, por carecer de agencia, difícilmente pueda cuestionar los términos en los que *se lo* representa; pero a la vez, no nos constituiremos en sujetos (políticos y “sujetos de la propia autocomprensión”⁵⁷) mientras no elaboremos nuestras propias representaciones. La salida de ese círculo es difícil, por cierto, pero no imposible. En la presente realidad, no podemos sino pensar dentro de él, citando aquellas mismas categorías que nos arrojan al lugar de objetos.⁵⁸ Sin embargo, aunque sabemos que cada representación es una cita, sabemos también que ninguna cita es idéntica a su fuente, y en esta diferencia se nos presentan, a cada momento, las grietas en las que insertar el cambio.

Recibido en febrero de 2011, aceptado en mayo de 2011.

⁵⁵ Cfr. Mohanty (2003: 6). También en J. Butler (2002: 319-320): “Así como es necesario emplear los términos de identidad y es necesario afirmar la ‘exterioridad’, es indispensable someter estas mismas nociones a una crítica de las operaciones excluyentes de su propia producción”.

⁵⁶ O. Curiel (2003: 2). O, como expresa Mohanty de modo algo más expeditivo: “Nuestras mentes deben estar preparadas para moverse tal como lo está el capital” (Mohanty 2003: 25).

⁵⁷ Cfr. Cavarero (1987: 178).

⁵⁸ Aclara Cavarero que no existen dos pensamientos (uno nuevo, elaborado desde la subalternidad, y uno antiguo, occidental-masculino); “existe, por ahora, un solo pensamiento, en el cual y con el cual pienso mi extrañeza a él” (Ibíd.). Como única salida posible de estos ropajes, Irigaray ya había propuesto una *convulsión radical*: “poner todo sentido cabeza abajo”, insistir “en los blancos del discurso”, escribir “en apartes, de otra forma”, “desquiciar la sintaxis” que nos aprisiona (L. Irigaray, 1974: 158-159).